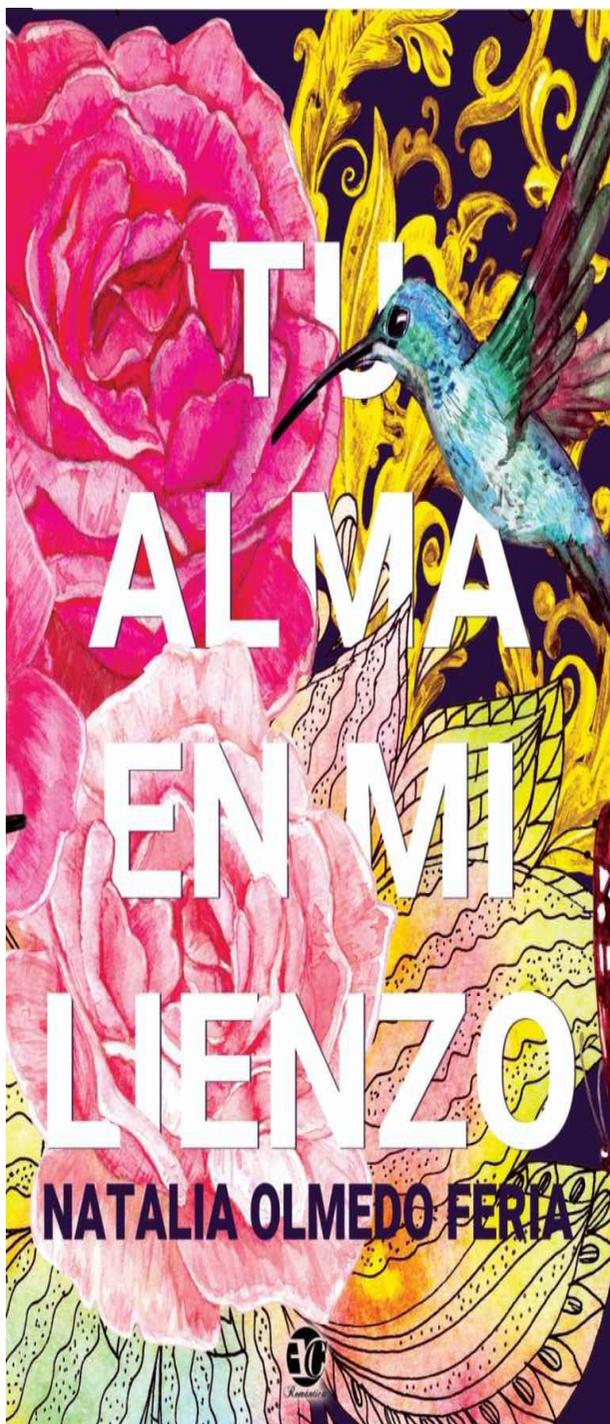


TU  
ALMA  
EN MI  
LIENZO

**NATALIA OLMEDO FERIA**





**TU  
ALMA  
EN MI  
LIENZO**  
**NATALIA OLMEDO FERIA**



© 2019 Natalia Olmedo Feria

© 2019 de la presente edición en castellano para todo el mundo: Group Edition World

Dirección: [www.edicionescoral.com](http://www.edicionescoral.com)/[www.groupeditionworld.com](http://www.groupeditionworld.com)

ISBN: 978-84-17832-68-1 Déposito Legal: T-457-2019 Primera edición: Mayo de 2019

Ilustración de portada: Amparo Tàrraga Maquetación: GEW

Corrección: OBG EW

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

*Group Edition World S.L*

*Calle Sant Antonio, 18, cunit, 43881, Tarragona*

*A Papá, mi más bella protección, te quiere tu "Quita penas". A mi Manuel y Julia particulares, por guiar mis dedos desde el cielo.*

## PRÓLOGO

*San Vicente del Raspeig, Alicante, 2018*

Rosa me da un ligero apretón en la mano con sus pequeños dedos. Acaricio con el pulgar su suave dorso y la miro desde arriba. Observo cómo sus pequeñas coletas danzan en el aire al tiempo que trota como un cabritillo. Suelta mi mano y me agarra el dedo meñique. Le encanta agarrarme ese dedo cuando vamos por la calle.

Llegamos por fin a la entrada del cementerio y suspiro, decidida a entrar cogida de Rosa, y con Sergio siguiéndonos los pasos.

—¿Estás segura de esto? —me pregunta cuando me paro frente a la entrada.

Cientos de tumbas decoradas con flores de diversos colores nos dan la bienvenida. El silencio, solamente roto por algún que otro piar de pájaros, las acompaña en su descanso eterno y el aire me golpea en la cara, un poco viciado, como siempre en este lugar.

Vuelvo a suspirar.

—Sí —le contesto.

—¿Lista? —me pregunta de nuevo. Sergio siempre nota mi nerviosismo y desasosiego, pero también consigue calmar ambos en situaciones tensas.

Esta no es una situación tensa en sí, esta situación la he provocado yo. La idea fue mía.

Rosa es muy despierta y se deleita con todo lo que ve a sus seis años de edad. Comenzó a caminar con nueve meses y poco tiempo después empezó a decir sus primeras palabras. Desde muy pequeña controla muy bien la presión fina, lo que se denomina pinza en el ámbito educativo, y muy pronto comenzó a utilizar lápices de colores y folios

para pintar todo lo que se le ocurría u observaba a su alrededor.

Hoy quiero presentarle a alguien. Alguien que, sin yo saberlo, acabó siendo muy importante para mí, alguien especial, alguien que lleva mi sangre y tuvo una historia fascinante.

A Rosa le encanta pintar y apunta maneras, quiero que sepa que la pintura puede hacer de la vida de alguien una vida plena, una vida llena de sentimientos. Quiero que comprenda que se puede vivir a través de pinturas, óleo y acuarelas.

Caminamos paseando por las calles del camposanto mientras Rosa pregunta cada dos segundos qué lugar es este y qué hacemos aquí.

—Lo verás muy pronto, cariño. Quiero enseñarte algo. —¿Y qué es, mami? ¿Qué es?

—Enseguida —le contesto apretándole una de sus coletitas.

Giramos un par de veces a la derecha y por fin puedo verlo: el panteón familiar de los Vera.

Es grande, majestuoso, en color negro brillante, y consta de cuatro nichos en su interior.

Los repaso todos ellos con la mirada, pero la fijo en uno en concreto: Martín Vera.

—Mira, Rosa —le indico —, aquí está un pintor.

—¿Ahí dentro? —pregunta intrigada.

—Sí.

—¿Vive ahí?

—Sí, vive aquí.

—¿Y cómo come?

—Come hormigas —le digo riendo ante mi propia ocurrencia.

—¿Hormigas? —pregunta ella extrañada.

—Sí. Quiero contarte su historia.

—¿Su historia?

—Sí —asiento, pensando mentalmente que solamente voy a hablarle de sus pinturas y su carrera pictórica, obviando detalles escabrosos de su historia personal. Para todo eso ya habrá tiempo, cuando Rosa sea más mayor.

Pero a ti, querido lector, a ti voy a contártelo todo, quiero contártelo todo. Porque, sin darme cuenta, mi propio destino se iba forjando al mismo tiempo que el de Martín Vera.

## 1

Madrid, 2006

Soplé mi humeante café al tiempo que Emma tocaba la puerta de mi despacho con los nudillos. Tenía que ser algo importante y urgente para que mi jefa viniera a mi despacho en lugar de llamarme para que yo fuera al suyo.

La invité a pasar con un nervioso «adelante», y ella irrumpió dejando a su paso el sonido rápido de sus tacones.

—Ha sucedido algo —me dijo.

Dejé mi café sobre la mesa y la miré preocupada, dispuesta a escucharla. Emma me contó la gran noticia que tenía a toda Madrid revolucionada.

—¿Vera? ¿El famoso pintor Martín Vera? Creía que había muerto...

—Le dieron por muerto, a él y a toda su familia después del incendio de su casa. Pero está claro que no. Acaban de informarnos de que ha vendido una nueva obra después de todos estos años y que el comprador ha sido El Prado, por lo que será allí expuesta.

Emma me tiende una fotografía, la cual se trata de la nueva obra del pintor, con el título de la misma a pie de foto.

Es realmente preciosa. Es un desnudo. Una mujer con la piel nívea, la boca entreabierta y las mejillas sonrosadas. Lleva el pelo ondulado y suelto, y tiene los pechos, firmes y pequeños, al aire.

*Bella Julia*, es su título.

—¿Julia?

—Su mujer.

—Sí, lo sé, pero... ¿Por qué ahora, después de tanto tiempo?

—No lo sé, Carol. Pero quiero que lo averigües.

—¿Cómo?

—¿No te das cuenta? ¡Se trata de Martín Vera! Lo dieron por muerto en su momento y ahora resurge de la nada. ¿Te has fijado en la firma?

—El gorrión, como siempre. Martín Vera nunca firmaba con su nombre, sino con un gorrión de colores.

—El gorrión es negro, no de colores.

—¿Y?

—Tienes que entrevistarle, Carolina.

—¿Sabes cuántas veces lo han intentado? ¿Acaso no sabes que siempre ha sido un reto para los periodistas? Era famoso, pero más lo era por no querer conceder entrevistas durante el tiempo que estuvo pintando y vendiendo cuadros. Ese hombre fue un enigma desde que se descubrió en el mundo del arte.

—No me importa. Tienes que entrevistarlo. Se trata de Martín Vera, era un prodigio en el arte. Tenemos que sacar su historia a la luz.

—Pero...

—Son órdenes de arriba, Carolina. Por supuesto, le ofreceremos una bonificación económica a cambio de su historia.

—No creo yo que...

—Carolina, tú estás aquí para acatar órdenes, no para cuestionarlas. Como te he dicho, esto no lo he decidido yo. Suspiré, resignada.

—En un rato te mandaré la dirección al correo electrónico. No te preocupes, no irás sola, Sergio te acompañará.

Genial, encima tenía que ir con Sergio... Y esto no era una queja, que conste.

Emma se marchó de nuevo haciendo sonar sobre la moqueta el *taptap* de sus zapatos de tacón y no me dio opción a volver a quejarme.

Cuando elegí estudiar periodismo sabía que me enfrentaría a situaciones que no me gustarían, que quizá tuviera que cubrir noticias desagradables en algún lugar lejos de mi ciudad o que tuviera que entrevistar a gente que no me caería bien o que, simplemente, su vida no me importara.

Y, en ese momento, no es que la vida de Martín Vera no me importase, al contrario, me parecía fascinante. Todo el mundo es España había oído hablar de Martín Vera y su trágica historia hasta su desaparición del mundo del arte y, del mundo físico también, pues nadie volvió a saber de él después de la desgracia que, según todo el mundo pensó, acabó con su vida. Jamás había concedido ninguna entrevista ni se había dejado ver por los medios de comunicación.

Y aquel era el problema: la reticencia del misterioso pintor a darse a conocer al mundo.

¿Y me tocaba a mí sacarlo a la luz? Hasta hacía bien poco era tan solo una simple becaria, prácticamente acababa de empezar a trabajar como periodista, obviamente no me veía capacitada para ese reto.

Porque, si de algo estaba segura, era que convencer a Martín Vera para que me concediera una entrevista, era un reto imposible.

Pero yo, al igual que Emma, por lo que parecía, éramos unas mandadas y teníamos que ganarnos el sueldo.

Esperé un rato a que mi jefa me mandase la dirección de Martín mientras me tomaba el café y, una vez lo hizo, suspiré de nuevo y busqué en mi agenda del teléfono móvil el número de Sergio, mi compañero de reto.

Quedamos esa misma tarde para preparar las preguntas de la entrevista y decidir de qué modo la llevaríamos a cabo y, al día siguiente, me vi en la puerta de una casa baja reformada en San Vicente del Raspeig, un pueblo de la comarca de Alicante, el lugar natal del pintor.

Emma lo preparó todo en cuestión de horas y nos envió en un AVE a Alicante, con una pequeña maleta cada uno

donde metí un chándal, el cual no sabía para qué podría utilizarlo para ser sincera, algunas prendas de ropa interior, el cepillo de dientes y poco más.

## 2

San Vicente del Raspeig, Alicante, 2006

Primer día de entrevista

—¿Estás lista? —me preguntó Sergio cuando llegamos a la calle donde residía Martín.

Puse los ojos en blanco e intenté disimular mi temblor de manos. No, no estaba lista, pero aquello no iba a confesárselo a Sergio. Sergio tenía tres años más que yo y, aunque tampoco destilaba una experiencia impecable en nuestra profesión por su edad, ya tenía algo más que yo y no quería que pensase que le había tocado trabajar con una inútil que se rendía a la primera de cambio o que se ponía histérica en casos como estos.

Además, me parecía muy atractivo y simpático. Éramos solamente amigos, claro, pero últimamente quedábamos más y, aunque no lo quería admitir, Sergio estaba empezando a gustarme.

—Sí —le contesté al tiempo que se me caía de la mano la carpeta donde tenía apuntado todo lo importante acerca del caso.

—Carol, ¿estás bien? Yo también estoy nervioso, si te sirve de consuelo. Vamos a tranquilizarnos tomando algo antes de intentar nada y, así, repasamos un poco.

Así era Sergio, siempre tenía una palabra que arreglaba cualquier situación.

Asentí con la cabeza cuando me incorporé después de coger la carpeta del suelo y le seguí.

La vivienda de Martín Vera estaba ubicada cerca de un cine llamado «La Esperanza», así que anduvimos apenas unos minutos hasta llegar a la Plaza de España, la cual no

estaba lejos del lugar, donde la fuente que tenía justo en medio solo servía ya de decoración.

La Iglesia seguía manteniendo su popularidad y nos sentamos en una de las mesas de la terraza del «Okavango», establecimiento que antaño fue el Café España.

Me había estado documentando acerca de la historia del pueblo y todo lo acontecido en el lugar durante los años en los que Martín Vera vivió su niñez y edad adulta.

Y todo había cambiado, hasta Martín Vera, seguro, ya no era el mismo. Y precisamente eso era lo que teníamos que averiguar, para después crear un artículo de prensa en condiciones acerca de la vuelta del famoso pintor.

Pedí una tila y Sergio un refresco de burbujas sabor naranja.

—Bien, veamos... Recuerda que los cuadros más importantes de Martín fueron *Luz* y *Tu alma en mi lienzo* por ser los que lo lanzaron a su carrera como pintor. Ahora, después de años bajo las sombras, vuelve con *Bella Julia*. — me comentó Sergio.

—Controlado.

—Vive solo, pero su hijo Nicolás le visita todos los días, según me han comentado después de haber estado indagando. Con suerte, él estará cuando le hagamos la entrevista.

—Eso si podemos.

—Carol, si ya vas con ese pensamiento...

—Solo soy realista. Nadie ha conseguido una entrevista o un posado para la prensa de Martín Vera nunca, no entiendo por qué nosotros sí.

—Porque tenemos que cobrar nuestro sueldo y porque a los dos nos apasiona su historia. Saber la respuesta a esos vacíos que todo el mundo tiene cuando indaga sobre Martín. Entender qué pasó, por qué dejó de pintar. Dónde estuvo durante todo este tiempo, cuando todo el mundo le creía muerto. Por qué vuelve ahora.

Sergio me hablaba con vehemencia, realmente era un apasionado del arte y también de las pinturas de Martín, al igual que de su historia, de ahí a que Emma le eligiera para esto. Lo que no entendía era qué pintaba yo allí.

A mí también me intrigaba y me gustaba el arte, pero creía que no estaba preparada para enfrentar ese NO de parte del pintor que sabía a ciencia cierta que iba a llegar.

—No tenemos ningún poder para convencerle.

—El dinero lo compra todo.

—A Martín Vera no lo compra nadie y, si no, ya lo verás.

—Termínate la tila, es hora de probar suerte —me dijo dejando un billete de cinco euros sobre la mesa para pagar lo que habíamos tomado al tiempo que se levantaba.

Caminamos unos cuantos metros hacia el lado opuesto a las escalinatas que llevaban a la Avenida de la Libertad, años atrás llamada Avenida Victoria, y nos topamos con otro establecimiento llamado «El Sol». Comprobé que Sergio se alejaba de mi lado caminando a pasos rápidos hacia el frente, por una callejuela entre aquel local y otro establecimiento que hacía esquina.

—No es posible... —le escuché murmurar.

—Sergio —le llamé —. ¿Qué no es posible?

—Carol, mira, es aquí.

Arqueé una ceja.

—¿Es aquí qué?

—La casa.

—No, Sergio, la casa está unas calles hacia allá, cerca del cine. ¿Es que no te acuerdas?

—No, Carol, esta es la casa donde sucedió.

Abrí los ojos por la sorpresa y me fijé en mi propia ubicación. Nos encontrábamos en la Calle Colón, perpendicular a la calle donde se ubicaba la residencia natal de Martín, antaño llamada Calle Elche.

Y ahí estaba, «Villa Beatriz». Antigua, espectral, tiznada de negro aun habiendo pasado tantos años.